

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.



Todas las misas que se recen hoy desde las seis á las doce con S. D. M. M. y el solemne Responso que se cantará después de la Reserva en la iglesia de la Merced, serán en sufragio del alma del Muy Ilustre Señor

DON ANTONIO MELGAREJO Y ESCARIO

(Q. E. P. D.)

Nuestro dignísimo Prelado, el Excmo. Ilmo. y Reverendísimo Padre Vicente Alonso y Salgado se ha dignado conceder cuarenta días de indulgencias por cada misa, comunión, Padre Nuestro, de Profundis, Rosario, limosnas y demás actos de caridad que se apliquen por el alma del finado que en paz descanse.

AL DIA

NUESTRO PERIODICO

Hasta el día de hoy pocos han sido los que no nos han querido favorecer con su suscripción.

Si para cuando termine el mes seguimos haciendo la misma tirada que en la actualidad, muy pronto realizaremos nuestras aspiraciones, haciendo un periódico muchísimo mejor de lo que pensábamos.

Los amigos que visitan esta modestísima redacción, nos alientan en nuestra titánica empresa, y con la ayuda de ellos, y con la del público todo, conseguiremos en plazo breve hacer un periódico digno de la ciudad en que nacimos.

Las dimensiones actuales de *El Diario Murciano* hay que agrandarlas, para dedicar mayor espacio á las secciones de crónica local, original literario é información telegráfica.

Tenemos en estudio tales reformas, que en su día, si el público nos dispensa su acogida, serán del agrado de todos nuestros lectores y suscriptores.

El compromiso que voluntariamente hemos contraído con el público, y que algunos tonta y descaradamente han tomado á chacota, lo cumpliremos á todo trance, para que los desdichados que en vez de alentar y prestar apoyo, quitan esperanzas, sufran la decepción que merecen.

Tenemos fe en el noble pueblo

murciano, que conoce nuestras luchas y nuestros trabajos, porque sin protección de nadie, hemos lanzado á la publicidad este diario, y estamos seguros de que dados nuestros buenos deseos nos dispensará cariñosa benevolencia.

El tiempo dirá si nos hemos ó no equivocado.

LA INVENCION DE LA MUSICA

La invención de la Música se atribuye á distintos personajes de la antigüedad.

Dicen los egipcios que su inventor fué Hermes ó Ostris; los indios le atribuyen á Brahma; los chinos tienen por tal á Fohí, los hebreos á Jubal y los griegos á Apolo y á Cadmo.

La Música debió ser primeramente vocal, siguiendo á ésta la instrumental. Los primeros instrumentos conocidos fueron los de viento.

Tamiris y Thales dieron un gran paso en la música instrumental.

Terpandro, contemporáneo de Liturga, inventó las reglas musicales, y Laso, que vivió en tiempo de Dario el Medo, fué el primero que escribió acerca de este Arte.

Los romanos no se ocuparon de la composición musical hasta el reinado de Augusto; los hebreos cultivaron desde los tiem-

pos más remotos la música y el canto, como se desprende de los salmos de Moisés, de la trompa de Jericó, y del arpa de David, y la música desempeñó entre ellos un papel importante en las ceremonias religiosas.

Los primeros cristianos imitaron en esto á los hebreos; de ahí el canto llano creado por San Ambrosio en el siglo IV.

Hasta el siglo XI de la era presente no se conoció otra música que la Sagrada: en aquel tiempo nació la música moderna por la invención que de la escala musical hizo el benedicto Guido de Arezo y por la del contrapunto.

En 1590 descubrió Claudio Monteverde las disonancias y fijó la manera inmutable de las reglas del tono.

A partir del siglo XVII aumento de un modo considerable el número de compositores musicales, brillando en España Eslava, Arrieta, Bretón, Barbieri, etc.

La Música es representada bajo la figura de una mujer con la lira de Apolo y un libro, en el cual tiene fijos los ojos, con varios instrumentos junto á sus pies.

TOSES Y ESTORNUDOS

Por la mañana en las iglesias y por las noches en los casinos y en casa, no predomina otra cosa que el monótono desahucio de toses más ó menos estrepitosas.

Es la fruta del invierno, el himno de los reumáticos, catarrosos, formado con notas ora graves, ora agudas y que parecen contagiosas porque en cuanto una tos se inicia veinte ó treinta la siguen inmediatamente.

De tanto toser hay muchas gentes que se quedan roncas, amoratadas y en el estado más lastimoso. La tos pertinaz, que otros llaman el canto de los físicos, tiene desarmonías implacables.

La tos que tantas víctimas ha enviado al cementerio, ha hecho ricos y poderosos á muchos fabricantes de pastillas, porque esa molestia produce tanta incomodidad al paciente, que por evitársela éste, ensaya, prueba, utiliza cuantos específicos se le ponen por delante.

De la tos á la ronquera, como de lo sublime á lo ridículo, no hay más que un paso, más fácil de franquear que el famoso de las Termópilas.

La afonía, es, si cabe, el complemento de la tos; por eso una tos bronca, es uno de los tormentos mayores que cabe imaginar, no sólo

para quien la tiene, sino para quien la escucha.

La tos bronca, viene á ser el cañonazo laríngeo y á veces va también acompañado de proyectiles. ¡Qué variedad de tonos y de timbres ofrece la tos bronca! Unas veces parece el pitido de un tren lejano que vislumbra el túnel que lo va á tragar, otras fuego, granado con piezas de tiro rápido en batalla ó combate más ó menos próximo.

Un artista ó un soñador pudiera encontrar en el desconcierto de las toses bronquiales cierto parecido con el descompasado rumor de las olas al estrellarse contra las rocas ó precipitarse sobre las rompientes.

Dicen los científicos, que las toses y los estornudos son movimientos espontáneos (y no hay que dudarle un punto), de que se vale la naturaleza para eliminar las falsas membranas; pero eso será en cuanto á la estática, pero flarmónica—mente consideradas esas manifestaciones patológicas, ¿quién duda que ese caos de notas, en esa especie de anárquica explosión de sonidos, ora profundos y graves, ora leves y agudos, existen melodías ignoradas que el diapasón normal es incapaz de apreciar?

A lo mejor, en lo más culminante de un sermón, en un templo; en lo más interesante de un parlamento ó de un aria en el teatro; en lo más florido de un discurso en una asamblea, se oye el estrépito insólito de una tos perruna que parece el toque de alarma que determina inmediatamente el cañoneo general, «¡lento pero continuo!» de las baterías humanas.

¿Quién no compadecerá á esos desventurados á quienes la edad, los achaques ó el reuma convierten en formidables piezas de artillería que interrumpen la placida tranquilidad de las multitudes congregadas para recreo del espíritu y mortificación de la materia, porque digase lo que se quiera, es poco grato interrumpir bruscamente esas delataciones semi-síquicas para dar lugar á los escopetazos que de improviso fraguan las dolencias laríngeas de los infelices á quienes la naturaleza pone en el triste trance de eliminar espontáneamente las membranas?

¡Oh, si fuera posible eliminar tan fácilmente los falsos amigos, los falsos sentimientos, los falsos ídolos y finalmente las falsas reputaciones! Sería el más descomunal toseo, el más interminable estornudar, porque son tantos y tan variados los matices de la falsedad, que la obra de su eliminación si no obra de romanos, sería por lo menos el cuento de la buena pipa, esto es, el cuento de nunca acabar.

ABEL IMART.